

CAPITULO XX

REGRESO Á NAZARETH

SETE años estuvo la Santa Familia en Egipto, según la opinión más corriente y comúnmente recibida (1).

Sus ocupaciones fueron allí las mismas que en Nazareth. Pobres trabajadores, llevaban su hacienda en sus manos y el trabajo manual era su patrimonio: su alimento corto, sus necesidades escasas, con poco quedaban satisfechos y este poco era el producto de su trabajo, producto que la tradición supone penoso y escaso (2).

La venerable Madre de Agreda supone que la estancia de la Santa Familia fué en Heliópolis. «Tomaron allí posada común y luego salió San Josef á buscarla, ofreciendo el pago que fuese justo, y el Señor dispuso que hallase una casa humilde y pobre para su habitación y retirada un poco de la ciudad, como lo deseaba la Reina del cielo (3).»

La tradición del país la supone más bien en el pequeño pueblo de Mataria, donde se hallan, según Orsini y otros autores que cita, vestigios de su permanencia que enseñan todavía los cristianos del país. «La fuente en que María iba á lavar los pañales del Niño (4), el otero cubierto de zarzales en que los ponía á secar al sol, el sicomoro á cuya sombra gustaba la amable Virgen sentarse con su Hijo sobre las rodillas, allí existen todavía hace diez y ocho siglos, y los peregrinos de Europa y de Asia saben su camino, y los descendientes de los Faraones se complacen en enseñarlo.»

(1) Orsini cita á propósito de esta opinión á Trombel, su *vita Deipara* y otros escritores, pero sin citar palabras ni páginas.

(2) Cartusiano (Landolfo de Sajonia) en la *Vida de Cristo* supone á Jesus acosado por el hambre con frecuencia, y pidiendo como niño á su Madre pan, que esta no tenía para darle. Posible es que así fuese más de una vez.

(3) Capítulo arriba citado.

(4) «Esta fuente, dice Orsini, refiriéndose á Savary, tomo I, pág. 122, y á la *Correspondencia de Oriente*, tomo VI, pág. 3, todavía se llama la *fuente de María*: una antigua tradición supone que la Virgen María bañaba en ella al niño Jesus. Desde los primeros tiempos del Cristianismo, los fieles edificaron en este paraje una iglesia: más adelante los musulmanes hicieron una mezquita, yendo allí unos y otros á buscar el remedio de sus dolencias. La fuente todavía existe, la iglesia y la mezquita han desaparecido.» *El devoto Peregrino* describía también mucho de esto en el siglo XVII; pero es preferible en esto el citar á los modernos.

Respecto al ciclamor ó sicomoro, añade con relación á la misma *Correspondencia*, que los Padres franciscanos del Cairo lo conservan todavía como recuerdo dentro del cercado de su convento, suponiéndolo vástago del que pereció de viejo en 1056.

El Evangelio nada nos dice y solamente narra el regreso de allí, diciendo:

«Y muerto Herodes, hé aquí que el Angel del Señor se apareció en sueños á Josef en el Egipto, diciendo:—Levántate y toma el Niño y su Madre y vuelve á tierra de Israel, pues que ya han muerto los que buscaban al Niño para quitarle la vida. Levantóse Josef y, tomando al Niño y á su Madre, regresó á su país de Israel. Mas oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allí mismo, y avisado en sueños se retiró á tierra de Galilea, y desde que llegó allí habitó en la ciudad que se llama Nazareth, para que se cumpliera lo que dijeron los Profetas:—Que sería llamado *Nazareno*.»

La narración del regreso á la patria es tan sencilla como la de la fuga y guarda el mismo orden. No es María la que recibe las órdenes del cielo por medio de un Angel en forma visible. Tiene un marido, que por derecho Divino es el jefe y superior de la familia, y el cielo mismo le reconoce ese derecho y obra conforme á él. Si el Angel se aparece una vez á María en forma visible es que por entonces el asunto de la Encarnación parece ser peculiar de María, y Dios dispone que por algún tiempo esté oculto á San Josef.

Pero por lo demás los asuntos de la Santa Familia están referidos en el Evangelio con tal sobriedad, con tan encantadora sencillez, que no hay un detalle que huelgue ni sobre. Se ve además que todo lo hace la Providencia con esa misma sencillez y dulzura de un modo casi siempre humano, y humanamente suave y sencillo. Obra hácia el fin fuertemente, pero lo dispone todo con suavidad (1). Cuatro veces avisa el Angel á San Josef acerca de los asuntos de la familia; pero siempre en sueños, nunca en forma visible. Por ese motivo todas esas leyendas de los Angeles apareciéndose á cada paso á la Virgen para traerle golosinas al Colegio, para venir á saludarla formados en escuadrones, como tropa que pasa revista, y para darle guardia de honor ó preservarla de cualquier peligro, me parecen fantasías de imaginaciones demasiado vivas, que, siendo ellas humildes, humildísimas (libremente Dios de rebajarlas en un ápice), no han llegado á comprender la *grandeza de la pequeñez*, pues el gran amor de Dios que abrasaba sus almas (y esto les honra) les hacía sublevarse contra todo lo que pareciese rebajar á la Divinidad de Jesucristo aun en lo humano. No rebajemos, no, á esas almas puras y santas porque su amor puro y acendrado les haya hecho casi sublevarse, por decirlo así, contra las humillaciones voluntarias y espontáneas de Jesus, como se quejan á veces á Él con doloridas frases de los ultrajes que contra su Divinidad consiente, pudiendo evitarlos. ¡Ay! esa exaltación santa ¿no es preferible mil veces á los ojos de Dios á este frío glacial de la crítica con que nosotros discurrimos? ¡Oh, si pudiera yo cambiar este por aquella! No debe ser nuestro ánimo rebajar esas narraciones de almas puras, que suponen á la Santa Familia en contacto continuo con los Angeles en forma visible, pues si no las aceptamos, á nuestro modo de ver, tampoco las

(1) *Attingit à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter. (Sapient., v. 1.)*

debemos negar, ni mucho menos condenar al desprecio; puesto que otros muchos mas santos y mas sabios las han aceptado.

Pero ello es que el Angel del Señor habla en sueños á Josef para calmar su corazon angustiado por los celos, le habla en sueños para que huya al Egipto, le habla en sueños para que regrese de allí, y, al llegar á Palestina, le vuelve á hablar en sueños para que no pase por la Judea ni se detenga en ella, por temor á la policia de Arquelao, sino que se vaya á Nazareth, rincon en el rincon de Galilea.

No cabe proceder mas tímidamente, mas sencillamente, mas á lo humano, y menos á lo sobrenatural y Divino. El mismo Dios habia dicho desde la nube al reprender á los hermanos de Moisés, y en especial á María su hermana, envidiosa de la cuñada etíope:— «Si hay entre vosotros algun Profeta mio verdadero, me apareceré á él por medio de alguna vision ó le hablaré en sueños: pero no así á mi siervo Moisés, que en todo me es fidelísimo (1).» Él mismo se queja por medio de sus Profetas, y en especial por boca de Jeremías, diciendo:—«No vayais á fiaros de ensueños: aquí estoy yo contra vuestros profetas que sueñan mentiras (2).»

Pues bien, al Justo por excelencia, al Padre de Jesus que tiene á su cargo la subsistencia de este, mision altísima, no le aparece siquiera Dios en vision, sino solamente un Angel, y eso, no en forma visible, sino en sueños. La gracia eficaz que mueve el corazon del hombre con santo é irresistible impulso, sin lastimar al libre albedrío, cual mano de padre que impulsa al hijo querido sin violentarle, antes bien acariciándole, obra el resto y quita al sueño toda duda de ensueño ó de mentira. Las almas santas, en medio de las vacilaciones con que Dios á veces las atribula, distinguen esto muy bien (3).

Obedece San Josef la voz del Angel, bien conocida de él; y no vacila, para el regreso, como no vaciló para la venida. Las molestias, privaciones y penalidades de aquel fueron las mismas que las de esta, pero al fin volvian á la patria, pues aunque la patria de los Santos es el cielo, obran á lo humano y segun los impulsos de la naturaleza, que ha puesto en el corazon del hombre cierta dosis de inclinacion y cariño hácia el país natal, como lo pone hácia los que nos dieron el sér, pues de la voz *padre* se dijo *patria*, siquiera esta sea la pobre region del valle de lágrimas donde principiamos á llorar. Y ¿qué es la naturaleza para el filósofo cristiano sino la ley de Dios dejando obrar á las causas secundarias hácia el altísimo fin á que el mismo las dirige como causa primera, principal y primordial?

La tradicion de nuestra patria ha conservado en los rudos cantos populares de sus sencillos romances las penalidades de este segundo viaje en que Jesus, ya niño, no infante (4), tiene sed cual la habia de tener en el último y aciago dia de su vida mortal. Y en verdad

(1) Libro de los Números, cap. XII, vers. 5, 6 y 7.

(2) Jeremías, cap. XXIII, v. 32 y XXIX, v. 8.

(3) Véase sobre esto el precioso cap. XXV de la vida de Santa Teresa de Jesus, escrita por ella misma.

(4) En latin la palabra *infante* significa al niño recién nacido y que todavía no habla.—*Infans est non fatus.*

que no podemos resistir á la tentacion de consignar aquí esos sencillos y primitivos cantares con que todavía las niñeras y las madres cristianas arrullan el sueño de los niños, meciéndolos sobre sus rodillas al compás de su lánguido y monótono cántico.

Caminitos, caminitos,
Los que van á Nazaret,
Como el calor era mucho
El niño tenia sed.
—No pidas agua, mi Niño,
No pidas agua, mi Bien,
Que los rios bajan turbios
Y no hay agua que beber.
Allá abajo, no muy léjos,
Hay un verde naranjel,
Naranjel que guarda un ciego,
Que es el dueño del verjel.
—Ciego, dame una naranja,
Que mi Niño tiene sed:
—Coja, coja la Señora
Cuantas tenga á bien coger.
Ella coge de una en una
Y ellas brotan tres á tres:
Cuantas mas naranjas coge
Aun mas lleva el naranjel.
Ya se marchan con su Niño
Y el ciego comienza á ver.
—¿Quién es aquella Señora
Que me ha hecho tanto bien?
Una jóven con un niño
Que vuelve hácia Nazareth.
—¡La Virgen Maria ha sido,
Con Jesus y San Josef!

«¡Cuál debió ser la alegría de los dos Santos Esposos, exclama Orsini, al volver á ver esa tierra de Canaan, cuyas líneas grandiosas, suaves contornos, armonía de conjunto y variedad de aspectos contrastaban de lleno con la grandiosa monotonía del Egipto! Aquí una poblacion agrícola, de marcial talante, trato franco y sencillo, culto grave y puro dedicado al verdadero Dios. Allí en lo que dejaban á su espalda un país de esclavos divididos en razas y castas, habituados al robo y la perfidia, mezclando su culto insensato con bajezas y prácticas infames, y erigiendo templos al buey Apis, al cocodrilo sagrado y á la cebolla albarrana. Era preciso amar á su país como le amaban los descendientes de Abraham para comprender las gratas impresiones que causaria en los dos Santos Esposos el aspecto de su país natal, y de su hermosa ciudad de Nazareth, irguiéndose al extremo de un estrecho y ameno valle con la gracia natural de una flor campesina.»

CAPITULO XXI

LA ESTANCIA EN NAZARETH

*Y el niño crecía, y se fortificaba, estando lleno de sabiduría; y la gracia de Dios era en él.
(San Lucas, cap. II, v. 40.)*

De San Lucas son esas palabras, el cual, después de narrar la presentación de la Virgen en el templo y el cumplimiento de los preceptos legales, habla del regreso á Nazareth, bien sea á continuación de la Presentación (que no parece lo más probable), bien sea aludiendo al regreso de Egipto, que por completo omite (1).

Al dominar un suave repecho llegando á lo alto de una colina, presentóse á la vista de los cansados viajeros la villa de Nazareth, con sus casitas blancas y modestas. Allí estaba la suya: allí les esperaban la tranquilidad y el descanso. Mas ¿en qué estado se hallaría esta al cabo de siete años de ausencia?

Allí habían pasado seis años de paz y felicidad conyugal, á los que han seguido más de siete durante los cuales las visitas á los parientes y los viajes á Belén y Egipto obligaron á dejar la pequeña y santa casita. Aunque la Providencia la conservara, como la conservó después, con todo, como no hace milagros en vano, habría dejado al tiempo y á la naturaleza hacer sus respectivos oficios. Quizá sea cierta la descripción que hace Orsini del estado de la santa casita, atendiendo á lo que el tiempo y sus inclemencias suelen hacer en las que se dejan abandonadas.

«Después de una ausencia tan larga, dice, la Santa Familia volvió á entrar en su humilde hogar en medio de las felicitaciones, del pasmo y de las preguntas reiteradas de los parientes, que á competencia procuraban obsequiarla. Pero á través de esta alegría se

(1) El P. Petite cuya versión de los Evangelios tengo á la vista, y que prefiero á las de Scio y Amat, opina lo mismo sobre este pasaje de San Lucas en que refiere la vuelta de la Santa Familia á Nazareth y Galilea, y dice en la nota, que el regreso fué «no inmediatamente, sino después de la huida á Egipto y estancia allí, que refiere San Mateo,» y cita en su apoyo al escrittario Du Hamel.



LA SACRADA FAMILIA

CAPITULO XXI

LA ESTANCIA EN NAZARETH

*... estando lleno
... una era en él.
... cap. II, v. 40.)*

De San Lucas son esas palabras que se refieren a narrar la presentación de la Virgen en el templo y el cumplimiento de los preceptos legales, habla del regreso a Nazareth, bien sea a continuación de los acontecimientos que no parece la narración, bien sea aludiendo al regreso de la familia después de su exilio (1).

Al dominar un suave repelido de un viento de una colina, prescindiendo de los cansados viajeros la villa de Nazareth, con sus casitas blancas y azules, se estaba la suya; allí les esperaban la tranquilidad y el descanso. Mas con que estado se hallaría esta al cabo de siete años de ausencia?

Allí habían pasado seis años de vida, de felicidad conyugal, á los que han seguido mas de siete durante los cuales los cuidados de los parientes y los viajes á Belen y Egipto obligaron á dejar la tranquilidad y el descanso. Aunque la Providencia la conservó como la conservó despues, con tanta felicidad, como si no se hubieran ido en vano, habria dejado al tiempo y á la naturaleza hacer sus respectivos oficios. Quizá sea cierta la descripción que hace Orsini del estado de la santa casita, atendiendo á lo que el tiempo y sus inclemencias suelen hacer de las que se dejan abandonadas.

«Despues de una ausencia tan larga, dice, la Santa Familia volvió á entrar en su humilde hogar en medio de las felicitaciones, del pasmo y de las preguntas reiteradas de los parientes, que á competencia procuraban obsequiarla. Pero á través de esta alegría se

(1) El P. Petite cuya version de los Evangelios tengo á la vista, y que prefiero á las de Scio y Amat, opina lo mismo sobre este pasaje de San Lucas en que refiere la vuelta de la Santa Familia á Nazareth y Galilea, y dice en la nota, que el regreso no es inmediatamente, sino despues de la huida á Egipto y estancia allí, que refiere San Mateo, y cita en su apoyo al escritor Du Hamel.



LA SAGRADA FAMILIA

hicieron lugar bien pronto la desolacion de su casa y los amargos recuerdos del abandono. Apenas si esta se hallaba habitable. «El techo medio arruinado, lleno de goteras en varios parajes, estaba cubierto de plantas parásitas, dejando paso franco á los vientos y lluvias equinocciales. El aposento estaba húmedo y frio, las paredes verdes con el musgo: unas palomas silvestres habian anidado en la celdita misteriosa donde tuvo lugar la encarnacion del Verbo: las zarzas habian extendido por el pequeño patio sus ramas morenas y espinosas.»

No cuadra del todo esta descripcion demasiado minuciosa y aventurada con las condiciones de la santa casa de Loreto. Mal podia haber zarzas en el patio cuando la casa no tenia tal patio, ni vestigios de haberlo tenido. Es muy aventurado en esto el dejarse llevar demasiado de la imaginacion. Bien puede conjeturarse que la santa casita estaria abandonada, pero pudo entre tanto cuidarla algun pariente. Es muy posible que faltasen muebles, ó estos se hubiesen deteriorado con el abandono, pero en la pobreza de la Santa Familia, y dada su laboriosidad, no tardaria mucho el robusto brazo de San Josef en reponerlos ó construirlos nuevos, como los construia para otros.

Por mal que estuvieran estarian mucho mejor que en Egipto. Aquí tenian casa propia y no alquilada, la hacienda de sus padres de que no carecia ningun Israelita, pues aunque la empeñase volvía al cabo de algun tiempo á recobrarla, y el trabajo manual de San Josef en su oficio de carpintero, y de la Virgen María en sus bordados y costuras, produciría mas que suficiente para el parco mantenimiento de la familia. Y á todo esto se unia el encanto de un hijo tierno y hermoso, en la edad en que mas se quiere á los niños, cuando principia á despuntar en ellos la razon.

¡Cuán bello es el cuadro en que nuestro piadoso Murillo ha sabido representar la paz doméstica, la alegría sencilla, la tranquilidad interior y exterior de la Santa Familia en su *Trinidad humana*, representacion en la tierra de la Trinidad Santísima! San Josef con semblante varonil, no de anciano, sino de varon vigoroso, de edad de unos cuarenta años, descansa por un momento de sus rudas fatigas, teniendo á un lado el mazo y otros instrumentos de carpintería que acaba de manejar. Sentado sobre un humilde escaño tiene junto á sus rodillas al Niño Jesus, de edad de unos ocho años, de blonda y rubia cabellera, vestido de limpia y blanca túnica, el cual tiene en sus manos un jilguero. Á sus piés un perrito faldero de blancas y ensortijadas lanas mira al pajarillo, como queriendo avanzarse á cogerlo de un salto, pero el niño Jesus sostiene la inocente avecilla á bastante altura para no consentir que padezca ni corra peligro quien está en su mano. La mirada tierna y cariñosa del Niño parece revelar la santa alegoría que esto encierra, pues en Jesus hasta los juegos sirven de enseñanza. —«Esta avecilla que tengo sujeta blandamente entre mis manos, si ahora está cautiva por algunos momentos, recobrará luego su libertad, que Yo, autor de la naturaleza, di libertad no solamente al hombre sino á los séres irracionales, que de ella se aprovechan para vivir, y no es justo se les prive de tal don mientras no abusan, ó

las necesidades lo exigen é imponen. En el momento en que recobre la libertad volará por los aires alegre y feliz, se remontará al cielo, entonarás dulces gorjeos con que alegrará los campos, las florestas y agrestes soledades. Tal es la imágen del alma santa y justa, á la cual doy yo libertad verdadera, la libertad santa del espíritu, haciendo que abandone el mundo, el siglo, las pompas y los honores, y que vuele al cielo, vuele hácia Dios, y solo para él viva, y que alegre con sagrados cánticos, santas aspiraciones y devotas jaculatorias las soledades del claustro, si le llamo á la soledad y al claustro, ó los recónditos retiros de su corazon, si sabé recogerse en ellos en medio del bullicio del mundo, si á vivir en este le destino. ¡Hé aquí mi jilguerito, pájaro solitario que anida en el techo de mi casita (1)! Pero tú, perrillo, que te arrastras por la tierra, y significas la vida mundana, la vida en medio del siglo, no esperes volar ni alcanzar la sublimidad de esta avecilla: guardarás mi casa, ladrarás contra los que traten de asaltarla, estarás á mi lado, pero siempre pegado á la tierra y dormirás sobre el duro suelo. No maltrates á esta avecilla, como maltrata el mundo á la gente espiritual, á los santos religiosos, mis hijos predilectos, que viven en el mundo sin estar en el mundo. En mi mano están: yo los defiendo. Podrás ladrarles, pobre cuadrúpedo, cual ladra el siglo contra mis buenos servidores, pero no los podrás maltratar mientras estén en mi mano, ó remonten su vuelo hácia el empíreo.»

Hé aquí lo que parece decir el Niño Jesus al perrito, á quien enseña el jilguerillo momentáneamente sostenido en su mano.

Y entre tanto la cariñosa Madre, con semblante ledo y risueño, devana una madeja de hilo, contemplando aquella escena, embelesada dulcemente en ella, uniendo la contemplacion al trabajo, al tenor de lo que solian hacer los piadosos menestrales, que tomaban por divisa esas hermosas palabras;

Ora et labora

y como esas madres cristianas y santas religiosas que la toman por modelo, y meditan mientras que cosen, bordan ó desempeñan las tareas mas humildes cuanto indispensables de la vida doméstica. ¡Qué dulzura, tranquilidad, modestia, sencillez, humildad, complacencia y dulce alegría hay en aquella fisonomía de la Vírgen! Ese cuadro vale mas que un poema: habla al alma sin ruido de palabras. Por desgracia son pocos los que sepan leerlo.

Para mí representa un idilio sagrado; con toda la dulce poesía de la vida doméstica y escondida de Jesus en Nazareth, durante los cinco años de su niñez, que mediaron desde su regreso de Egipto, hasta que una aventura inesperada y dolorosa, que narra el Santo Evangelio con notable detenimiento, vino á turbar durante cuarenta horas la inalterable paz de la Santa Familia y affigir gravemente el corazon de la Vírgen.

(1) *Sicut passer solitarius in tecto.* (Salmo 101, v. 8.)

CAPITULO XXII

EL NIÑO PERDIDO

JESUS habia llegado á la edad de doce años: sus fuerzas no eran todavía suficientes para emprender rudas fatigas, á fin de ganar el necesario sustento en union de su padre putativo, cuyo humilde oficio aprendia. Pero estaba en la época en que las buenas madres cuidan de la *educacion* de sus hijos, cuando acabada la niñez y al iniciarse la adolescencia, comienza el período de la *instruccion*. La educacion pues de Jesus corria á cargo de su Vírgen Madre y ¿qué maestro mejor en lo humano? Jesus se desenvuelve en ese concepto. Es la omnipotencia y se muestra débil: es la omnisciencia, la Sabiduría eterna, y aparece necesitado de aprender, así como siendo hijo del Eterno Padre le tienen los de Nazareth por hijo del carpintero.

Su Madre le enseña el *alef-bet*, el abecedario hebreo: con ella deletrea el *Bresith* y demás libros de Moisés, aprende á escribir, y mas adelante decora la historia de su patria y del pueblo Israelita en esos mismos libros de Moisés y de Josué, los Jueces y los Reyes. Aprende tambien el derecho político, religioso y social en el Levítico y en esos mismos libros en que se consigna el desarrollo social y político, interno y externo de su pueblo, bajo la forma teocrática y democrática á la vez, y su transicion de estas á la monarquía. Su Madre Santísima que conocia la Sagrada Escritura, mejor y mas á fondo que todos los Doctores antiguos y modernos, y que los Doctores mismos de la Iglesia, enseña á su hijo de talento precoz y privilegiado eso mismo que tan perfectamente sabe, y lo confia al entendimiento humano de su Hijo, pues, si como Dios no tiene memoria, como hombre la tiene. Todo esto lo compendia el Evangelio de San Lucas en una sola y bien sencilla frase. «El Niño crecía y se fortificaba, estando *lleno de sabiduría*, y la gracia de Dios estaba en Él.» Crecía y se fortificaba en lo temporal y crecía tambien en lo intelectual á lo humano, pues tenia entendimiento como Dios y como Hombre, y á la Ciencia beata añadia la *infusa*, y á estas la que se llama *adquirida*, en contraposicion á la infusa ó infundida. Dios no quiere que nada huelgue: ni aun su entendimiento humano quiso que estuviera ocioso.